

reditario de sus tradiciones y para los constitucionales que ser el representante legal de la Constitución, como pudiera ser otro cualquiera, hechura y nombramiento del Congreso, inspiraba una convicción razonada de defenderlo en los reunidos para su defensa, mas no podía inspirar el exaltado entusiasmo, á cuyos empujes se combate con abnegación y heroísmo por las grandes causas, se muere con verdadera conformidad de mártir por los luminosos ideales.

Eran las cuatro de la mañana del día diez cuando se levantó Luis XVI de dormir. Como no había podido desnudarse, ni siquiera deshacerse de su complicadísimo peinado á la moda, y durmiera vestido, tal como iba toda la noche por palacio; su ropa estaba llena de arrugas y en desorden; su peluquín por un lado sin polvos, por otro lado sin pelo, con un rizo caído, junto á otro rizo atusado; como si todo su cuerpo estuviera maltrecho tras la hora de reposo más que lo estaba en las horas de vigilia. Y hay que detenerse ante tal particularidad, que diríamos pueril, y que, con ser pueril, contribuyó á su personal irremisible desgracia en aquella desgraciada noche. Un general jamás descuida el uniforme. Como la voz, el primer medio de influencia, no llega ni puede llegar á todas partes, el vistoso traje influye sobre los ojos desde lejos, ya que no puede influir desde lejos sobre los oídos la palabra. Los convencionales mismos, tan austeros y enemigos de las pompas cortesanas, vestían sus generales con casaca verde ornadísima de botones dorados, calzón blanco de punto, botas de campana, sombrero tricornio á la federica, rematado por un vistoso tricolor plumaje, que se movía como un ave del paraíso á los movimientos del caballo y á los besos del aura. Pero ¿qué podía un general como Luis XVI, hacer? Generalísimo por su nacimiento, jefe de las tropas tendidas á sus ojos, pudiendo con figura marcial y traje vistoso ejercer sobre las muchedumbres armadas en su defensa un influjo grandísimo; presentábase desceñido y descompuesto; con traje violeta reservada para los duelos y los lutos monárquicos, y este traje arrugadísimo, como si en el agua se hubiera zampado; la chorrera magullada, los calzones cayéndosele; parecido todo él á un pelele contrahecho más que á una persona en carne y hueso. La figura sólo podía borrar los defectos y deficiencias del traje. Pero ¡qué figura! La menos marcial del mundo. Luis XVI había nacido para cerrajero modestísimo, y como su profesión heredada le dificultase todo ejercicio de la profesión verdaderamente nativa en él, ya que no pudo amoldar su existencia de modo alguno á sus propensiones, amoldó su cuerpo y su aspecto. Imagináos, un industrial que produce poco en una industria privada, y luego vende lo poco que produjera, industrial y comerciante de tres al cuarto: hé ahí Luis XVI. Un *vau-deville* de mucho color en su caricatura, chillona y grosera, da idea del Rey Luis XVI: «El héroe por fuerza.» Y unid á todas estas desventajas naturales las desventajas sobrepuestas por lo grave y por lo extrañísimo del caso, por un reposo artificial sin verdadero descanso, por un sueño de terribles ensueños henchido y menos reparador de las fuer-

zas que hubiera podido ser la más desasosegada vigilia. El Rey aun babeaba como si estuviera dormido. Sus ojos carecían de toda expresión. Mal repuesto y nada limpio, aun le quedaban legañas por los párpados. Una palidez mortal, de las que afean á los gordos con verdadera fealdad, cubría su rostro amoratado. Los músculos de sus labios se movían involuntariamente, haciendo más que gestos trágicos, muecas cómicas. Sendos regueros en cada mejilla decían que lloraba mucho. Por lo demás, ni un movimiento nervioso, ni un hondo suspiro; la indiferencia de los estúpidos. Excelente hijo, hermano excelentísimo, padre y esposo perfecto, se conmovía sólo cuando consideraba cuál nefasta suerte deparó á los suyos; la cuenta que debía con sus progenitores ajustar en la otra vida; el dolor dado á la mujer con quien le había unido, no tanto el lazo de su corazón, siempre amante y fidelísimo, como el lazo de su corona, deslustrada y rota; la suerte de sus hermanos, á quienes amaba, siquier no lo merecieran, esparcidos y dispersos por extrañas tierras, como si fueran malditos de Dios; la princesa mártir, que mostraba tan ferviente amor fraternal; sus hijos, aquellos pobres hijos, á quienes destinaba el trono más bello de todo el continente, y sólo tenían entre las perspectivas y los celajes de tormentoso porvenir un deshonesto y sangriento cadalso. Así como un moribundo que ve acercarse la muerte, y se despide con tristeza de los suyos, Luis XVI se dirigió en aquel trance primero á sus hijos, y los besó, luego tomó las manos de su mujer y de su hermana con efusivos aprietos; y las miró con la mirada de un cordero aprestado al cuchillo, y de un ciervo malherido por las balas. Así hubiera estado sin moverse, comiéndose á besos sus hijos, mirando serenamente á las dos mujeres, que recordaban las mujeres de Jerusalén, allí en su Calvario, si Antonieta no le saca de su arrobamiento, verdadera parálisis de la voluntad y de la inteligencia, empujándole al combate. Luis XVI, no por cobardía ciertamente, pues el valor moral pocos personajes históricos lo poseyeron en tal grado, por pereza, no quería comenzar acción alguna en aquel postrero trance amargo, sin ver con qué fuerzas contaba y sin revistarlas para infundir en ellas el culto á su persona, tan amenazada, y transfundir el culto á la Religión y á la Monarquía, puestas en tan amargo trance y deshechas entre los remolinos de aquel espantoso naufragio. Con efecto, pasó el grupo real por las galerías, y se asomó á las ventanas ó balcones, que podían darle idea de las fuerzas, á contas ó disponer; y del aspecto, ya que no del espíritu, de estas fuerzas. Ninguna determinación se resolvió á este ocular recuento, cuando un sol de Agosto se reflejaba y relucía en los fusiles diseminados por todos los espacios que abarcaba la vista, limitada sólo por los ramajes de las regias alamedas. Mas, así que acabaron aquella operación, Roederer apareció ante la familia real; y Roederer á la verdad representaba, no la pelea, que le hubiese dañado ante un Rey nada propenso á la guerra, una transacción inmediata, que lo acreditaba mucho, y le valía mucho ante un Rey, dispuesto á transigir como nacido para la paz.

Antonieta, muy animada en los comienzos de la noche, comenzó á decaer, así que vió el estado de la defensa del Palacio en toda su extensión, al amanecer, cuyos albores dispartaban aves con sus opalados reflejos y flores con su matinal rocío en la Naturaleza, mientras en las almas siniestros y torbos presentimientos de ruina y de muerte. Después que á todas las ventanas se asomó la Reina y todas las galerías recorrió buscando un asidero á sus ilusiones en aquel naufragio de sus esperanzas, fué á sentarse, sin saber dónde, pues sólo escollos veía en el suelo y en el aire tormentas, á un cuarto de los criados más ínfimos del Rey, cuarto precedente al regio taller de cerrajería. El destino, gran autor dramático, habíala llevado, impeliéndola con sus sabias casualidades, al espacio, donde podía contemplar con su propia vista el desplome fatal en los abismos, pues, creyendo casarse, hija de María Teresa, con un gran Monarca, se casó, como cualquier costurera del barrio, con un hábil cerrajero. Maquinalmente llegó allí la Reina, como vagadora sonámbula; maquinalmente se asentó cara á cara con el reloj de la chimenea; maquinalmente dió su espalda sin recelo al ingreso en la estancia, mirando sin saber lo que miraba y diciendo bien incoherentes palabras sin saber lo que decía. En esto, el Ministro de Marina entra, y se pone junto á la majestad amenazada, en actitud verdadera de zafarrancho, como si fuera un último abordaje aquel de vida ó muerte, lanzando sus ojos chispas tan siniestras como las chispas de una tea, con cuya lumbre hace un marino desesperado volar la Santa Bárbara por los aires. La Reina debió creer, á pesar de los resuellos dados por el Ministro, que á un marino se le pedían en aquellas circunstancias, actos, no consejos; y manda personarse á Roederer en su presencia, para departir con él sobre lo angustioso de aquel trágico instante y sobre lo triste de aquella catástrofe apocalíptica. Roederer, ya lo hemos dicho, acariciaba una idea preconcebida y personal, consistente de antiguo en guardar la soldadura ya hecha entre aquella Monarquía y la Constitución, entre aquel Monarca y su Parlamento. Por una ley natural, por un lógico y terrible contraste, por una contradicción irreductible á síntesis, la Reina pensaba todo lo contrario que Roederer pensaba de antiguo; pensaba en romper la soldadura hecha entre aquella Constitución y la Monarquía, entre las instituciones nuevas y los tradicionales Monarcas. ¡Cuál desencanto! Después de haber creído pasar su carroza de marfil y oro, absoluta soberana sobre las entrañas del pueblo aherrojado, encontrarse con que había de hincar para su salvación y la salvación del trono, si era ésta posible, su rodilla imperial ante la maldita imagen del pueblo. Antonieta, confiada entonces en la próxima victoria de los aliados realistas próximos á salvarla, según dogma de su política exterior, y según dogma de su política interior, más confiada todavía en la superioridad de sus fuerzas militares y en la compra ó corrupción de sus feroces enemigos, debió caer desde las más encumbreadas ilusiones á los más profundos y terribles desengaños; pero, si mostró dolor á la perspectiva inmediata de aquel desastre irremisible, no fué dolor femenino de lágrimas y

sollozos y vociferaciones, fué con verdad un dolor masculino de rabia y de protesta. Por tal estado de su ánimo respondió á la insistente proposición del síndico Roederer, cual respondiera la primera vez que le oyó sobre semejante materia, más con un gesto de reprobación varonil que con un argumento razonado y lógico. Pero, los convencidos, los creyentes, los hipnotizados por la electricidad y el magnetismo de una idea, jamás desisten de ella y de sus agarraderos, si hanla con empeño asido como esos abanderados que mueren serenos con sus enseñas en el puño y como esos oficiales á quienes les han cortado la cabeza y aún muerden el enrojecido sable con los cerrados dientes. Y así oponía toda suerte de racionios muy madurados á los menospreciadores silencios, y á los altivos gestos con que le salía su interlocutora en tan difícil diálogo al encuentro. Ya decía que, si el cielo en sus designios decretara la rota definitiva del Rey, debía éste recibir la fulminación de tan terrible sentencia en brazos del pueblo; ya que, representando Asamblea y Monarquía su poder indivisible, formulado por la Constitución, se hallaban en el caso de interponer sus respectivos cuerpos entre los rebeldes audaces y el arca santísima de esta Constitución, para caer al pie del ara derribados por el mismo golpe; ya que no podía menos el Congreso de amparar al Rey, participe de su propio poder legislativo por el veto, y no podía menos el pueblo, aun la porción más rebelada y subvertida de pararse ante quien lo representaba, pues no podía ignorar que, descatando y malhiriendo á sus legisladores, se descataba y se malhería el cuitado á sí mismo. La elocuencia de Roederer no podía ser más persuasiva, como tampoco podía ser más revelador de su ánimo el gesto de Antonieta, quien, á medida que reforzaba el síndico sus argumentos, respondíale con vaguedades múltiples, estremeciéndose como si un sacudimiento epiléptico le atravesase los nervios y como si una fulminación apoplética le quitara la vista de sus ojos y la razón de su cabeza. Corroboraba por su parte con empeño grandísimo las ideas de Antonieta el Ministro de Marina, muy avezado á todas las tempestades, y por ende muy convencido en su interior de que al poder real y á sus representantes en el trono convenía más hundirse con honor en aquel remolino tan tremendo, que arrodillarse ante un pueblo desalmado, quien había recibido las regias concesiones, pues de tales juzgaba los derechos traídos por cada hombre al nacer, no con el debido agradecimiento, con rebeldía sin medida y descatos sin número.

Viendo el síndico de provincia cómo el ministro de Marina insistía en sus ideas pesimistas, le dirigió algunas observaciones, de gesto sereno acompañadas y dichas en tono muy suave. Y á fe que necesitaba soberano dominio Roederer sobre sí mismo, para de tal suerte hablar, mientras el rostro de Antonieta mostraba la contrariedad producida por aquellas observaciones, y encendido con las llamaradas despedidas por su corazón, tomaba unas veces el rojo de la cólera y otras veces el rojo de la vergüenza, tanto más subidos los colores cuanto que murmuraba el marino esta sacramental frase á cada mi-

nuto: «queréis llevar el Monarca y su familia real á la boca del lobo». El sentimiento monárquico del Congreso, mostrado aquellos días en la votación dada por grande número de representantes á favor del buen Lafayette, acusado por realista, sirvió en todo aquel supremo diálogo á Roederer de muletilla para contestar á la muletilla del Ministro. Y nadie observó cómo aquel puert^o de la Legislativa, tan requerido por el honrado defensor de la Constitución y de los Reyes, aparecía peligroso, por haberlo cerrado con sus procedimientos maquiavélicos y sus consejos de pérfidas abstenciones los reyes mismos. Mas la Reina, repasando su conciencia en rápido examen, debió recordar con remordimiento lo por ella hecho con deliberación y conciencia para inutilizar la Cámara, pues se irguió con majestad serena, levantó el brazo con verdadero imperio y dijo con olímpico acento que nada de pactos estando echada la suerte y debiendo decidir el triunfo quién tenía la razón, si los reyes ó si las facciones. Así dejóse de consultar al político y llamó á los militares Antonieta en su auxilio. Acababa de suceder en el mando de las Tullerías al asesinado Mandat el segundo de éste, La Chernaye. Y ora fuese porque lo súbito del cambio en su posición, ora fuese porque lo enérgico de su temperamento y lo grave de sus resoluciones le prestasen grandísima energía, respondió con altivez á cuantas altiveces tuvo la Reina y fué osado á observaciones, las cuales en otra situación que no fuera el grande naufragio de aquella trágica hora, trascendieran á verdaderos desacatos. Así dijo como había conjurado gran parte de los peligros en cuanto le fuera posible; guardado con golpe de gentes la plaza del Carrousel, por donde podían desembocar las columnas rebeldes; repartido municiones y dado severas órdenes; según todo lo cual se creía con derecho perfectísimo á observar cómo los salones regios rebosaban de gentes sospechosas, las cuales aparecían á los ojos del pueblo responsables de inextinguibles odios á la Constitución, responsabilidad en aquellos momentos exigida acaso entre discordias debilitantes de la defensa ó con indiferencia é inercia peores acaso para su plan y para su mando que las mismas discordias. Antonieta replicó asegurando lo contrario de la verdad, asegurando sentimientos leales á la Constitución, jamás experimentados por los corazones realistas, ansiosos, como su propio regio corazón, por borrar el pacto constitucional y retrotraerse al cabo á un más ó menos refinado absolutismo, tan terrible y tan cruel como suelen serlo en todos los tiempos todas las reacciones. Ya no podía caber duda en el ánimo de Roederer: la Reina está resuelta por el combate, y como la Reina era el Rey, la familia real combatiría con toda resolución á los rebeldes, empleando el último cartucho. Avanzadas muy nutridas en las dos desembocaduras de los barrios meridionales, oponiéndose á la inundación popular en el Palacio; gendarmería montada dentro del espacioso Louvre; por la plaza del Carrousel, que daba su correspondiente acceso á las Tullerías, batallones y más batallones de Milicia nacional; en la escalera regia los suizos amontonados por las graderías y tan seguros de que obedecerán á la voz de mando cual á su motor las máquinas; dentro de los sa-

lones la fiel y arqueológica legión de los aristócratas, quienes podrian no ser héroes en aquel supremo conflicto, mas de seguro eran mártires; milicianos de las monjas de Santo Tomás, probadísimos por su fidelidad política, en los salones y milicianos lafayetteístas en el jardín; gente armada en todas las galerías, dos cañones en los dos extremos del puente levadizo que daba sobre la plaza Luis XV convertida en campamento; baterías por el extremo Norte; mas, para que todo aquello pudiera aprovecharse, necesitábase una condición muy esencial á primera, necesitábase que los miembros dispersos de un solo cuerpo, movidos en direcciones diversas, y aun opuestas, mostrasen un todo fisiológico y anatómico en su parte material, como en su parte moral un solo espíritu y sobre este solo y único espíritu, un solo y único pensamiento. Y no podía darse nada más claro y que viera con mayor claridad Roederer, que la contradicción de movimientos en aquellas fuerzas diseminadas y la contradicción de ideas en aquellos encontrados y enemigos espíritus. El síndico calló esta reflexión por culto al principio monárquico, mas, constante hasta la tenacidad, intentó un comienzo de realización del pensamiento suyo, proponiendo que si iban los Reyes al Congreso, fuesen dos ministros, y exigieran de los diputados algunos comisarios suyos aperecidos á interponerse como escudos entre los sagrados cuerpos de la familia real y los terribles arrebatos de la plebe insurrecta. El Congreso no contaba en aquella matinal hora ni el número de diputados necesario para tomar acuerdos, disminuido y rebajado por lo largo de aquella vigilia, por el retraimiento de los monárquicos, por el terror difundido entre todos y en que todos se contagiaban, por mil concausas, á cual más grave, y discutía como esperezándose, á manera de clérigo diciendo maquinalmente misa ó rezando, sobre uno de los mayores crímenes perpetrados por la Monarquía en su vida secular, sobre la trata de negros.

Los dos ministros portadores del encargo de Roederer, encontraron, pues, en el Congreso algo peor que la contradicción, encontraron la inercia. El Congreso, de quien requerían el necesario auxilio para los Reyes, no estaba en la corriente de los hechos; huíales cuanto le era dado el cuerpo, y no semejaba un organismo deliberante político, semejaba un cuerpo de historiadores, como la célebre corporación china encargada de registrar los sucesos diarios en las crónicas del Celeste Imperio. Así, á los individuos del moribundo gobierno presente les comunica que acaba de formarse una comunidad revolucionaria en el Ayuntamiento, la cual comunidad se creía con fuerzas y facultades para recoger en sus manos todo el poder público. Y así, las noticias más graves corrían por todas partes en aquel sitio, y anunciaban tremendas convulsiones. Éstos describían los marseleses mordiendo sus cartuchos y cantando sus himnos; aquéllos exageraban las fuerzas del club de los franciscanos que impedía el desordenado movimiento hacia la República; los de aquí recordaban el incendio de todos los ánimos al fuego de una idea común y al empuje de una pasión colectiva; pues se hallaban en aquel trance, generador de nuevas formas sociales, tan